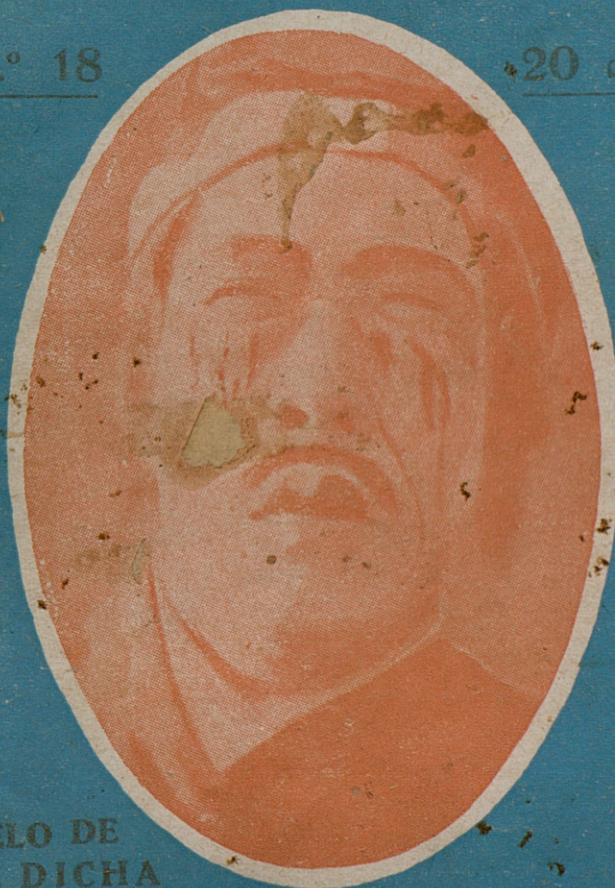


La Novela Cinematográfica

N.º 18

20 cts.



EL
VELO DE
LA DICHA

VIOLET, E.E.



El velo de la dicha
(LA VOILE DU BONHEUR, 1923)

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA

Redacción Provenza, 244
Administración Teléfono 1383 G. BARCELONA
Año I Núm. 18

EL VELO DE LA DICHA

«Es preciso que la dicha sea un velo que nos cubra la realidad de las cosas.»

Esta frase, de Clemenceau, es la síntesis del argumento de esta película.

I

Es una vieja leyenda que se cuenta todos los años en los pueblecitos chinos.

En una época lejana vivió en Pekín un joven mandarín llamado Tchang I.



Tchag tenía una gran cultura y era un poeta excelente. Su único ideal era legar su nombre a la posteridad. Llevaba una vida modelo. Trabajaba mucho y procuraba que inspirara su vida la generosidad, la nobleza, la belleza y la bondad.

Un día un religioso, gran amigo suyo, le llamó la atención sobre su modo de vivir:

—Conoces poco la vida: La reputación, la dignidad, el amor propio y la amistad, únicos ideales de tu vida, son engañosos, y son cosas que pasan sin dejar recuerdo. Algún día me darás la razón.

El mandarín poeta receló, pero no concedió crédito a las palabras de su amigo.

Tchang I tenía veinticinco años cuando su padre le anunció su propósito de casarle.

—¿Con quién piensas casarme, padre?

—Ya te daré a conocer a la que ha de ser tu esposa, y creo que será de tu agrado.

Con arreglo a las costumbres chinas, Tchang no había visto nunca a su prometida. Sabía sólo que se llamaba Si-Tchum, que se distinguía por su modestia y por ser muy reservada, y que, según le decía su padre, era

una de las flores más fragantes del Celeste Imperio.

Por lo que sabía y por lo que imaginaba, se sentía fuertemente atraído por su novia, y sin conocerla la amaba con toda la impetuositad de su corazón joven y noble. Esperaba con verdadera ansiedad que llegase el momento de la boda.

Llegó, por fin, el día ansiado. Tchang vestía una larga túnica encarnada con dragones bordados en oro.

La novia, ricamente ataviada, se presentó con sus familiares. Un denso velo tapaba su cara y al llegar ante su futuro hizo una gran reverencia, mientras un coro cantaba un himno de amor.

Un sacerdote pronunció la frase sacramental:

—Bajo este cielo una joven virtuosa y un hombre de talento acaban de unir sus vidas por el lazo matrimonial.

Cuando se acabó la ceremonia, el marido levantó el velo que cubría la cara de su mujer y quedó asombrado de su belleza.

Pasaron dos años y vivía el matrimonio en plena luna de miel. El amor les unía cada vez más. Si-Tchum estaba enamoradísima

de su esposo que le prodigaba toda clase de atenciones. Para que su dicha fuera más completa tuvieron un hijo que llamaron Weu-Stou.

PASARON DOS AÑOS

Tchang trabajaba con gran ahínco y sus poesías alcanzaban gran renombre. En todas partes se le respetaba por su gran valía.

Los amigos íntimos que tenía el mandarín, antes de casarse siguieron siéndole fieles y respetándolo como un ser superior. Li-Klaug y Tou-Fou eran asiduos concurrentes a su casa.

Por primera vez en el cielo de la dicha apareció una nubecilla... La causa fué insignificante: una mirada y una sonrisa furtiva cruzadas entre Tou-Fou y su esposa, en un momento que no creyeron ser vistos. Por primera vez conoció el mandarín los celos y la duda, pero él mismo se indignó de su mal pensamiento. No era posible.

Desde aquél momento, aunque hizo todo lo posible para matar la duda que le torturaba, no lo consiguió. Sin darse cuenta recordaba aquella sonrisa, que él creía falaz.

La frase que un día le dijo el irreligioso le torturaba de continuo.

Le parecía que el mundo era menos bello, que su mujer era falsa y que sus amigos le traicionaban.

Las sombras se cernían en su espíritu y en sus ojos. Desgraciadamente el mandarín fué perdiendo la vista y a las pocas semanas quedó completamente ciego.

II

Al quedar ciego se disiparon las dudas que habían inquietado su espíritu. El mandarín no veía lo que pasaba a su alrededor y como era noble, no temía ninguna felonía.

Aunque los médicos le recomendaron el descanso, Tchang trabajaba mucho y dictaba sus poesías a su fiel Li-Kiang.

Tou-Fou seguía frecuentando la casa con la asiduidad acostumbrada.

Tchang era muy aficionado a que le contaran lo que no podía ver, y gustaba mucho de ir a pasear con su secretario, que le relataba todo lo que veía.

Un día pasando por la calle se paró a oír a una troupe de «jongleurs».

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Son unos «jongleurs» que vienen de muy lejos y que, según aseguran, practican cu-

ras milagrosas. ¿Por qué no intentáis que os curen?

—No creo que pudieran hacer nada.

—¿Por qué no probáis?

Tchang movió la cabeza negativamente.

—Tu sabes bien que los médicos han dicho que no tengo cura. Si ellos que son sabios, no ven remedio, ¿crees tú que estos hombres podrían curarme?

—Probad, maestro —le dijo el criado.

En aquel momento uno de aquellos hombres se acercó, le examinó ligeramente y en voz alta dijo:

—Escuchad todos los que dudais de mi ciencia: aquí tenéis a un pobre desgraciado sumido en las tinieblas.

Volvi óa examinarlo y añadió:

—Tres gotas de esta agua os devolverán Tened cuidado de no poneros ni una más. Depende solo de usted la curación. Si re-cobráis la vista os ruego que lo hagáis pú-blico.

Tchang no quedó muy satisfecho de llamar la atención del público, porque no creía en la eficacia del remedio.

Al llegar a su casa encontró ya en ella a Li-Kiang.

—Verdaderamente —le dijo el mandarín— sois el mejor de mis amigos. Me habéis si-do

fiel en la desgracia y os lo agradezco profundamente.

—Esto no vale gratitud. Somos antiguos y buenos amigos y me es grato seguir siéndolo.

En la sala contigua Si-Tchum cantaba una hermosa canción.

Tchang al oirla llamó la atención de su antiguo amigo:

—Es el himno que cantaron el día de nuestra boda.

Li-Kiang dibujó en sus labios una sonrisa burlona.

—Como debéis maldecir la ceguera—añadió luego.

—Os engañais. No la maldigo.

—Pero, ¿es posible?

—Soy feliz, a pesar de ella.

—Vuestra resignación es admirable.

—No es resignación. En otro tiempo que gozaba de la vista las dudas llenaban de inquietud mi espíritu, hoy, en cambio, no dudo y mis sentimientos no son recelosos. Ya ves, hoy mismo me han dado un remedio infalible contra la ceguera, y no quiero emplearlo.

—¿Y quién os lo ha dado?—preguntó extrañado su amigo.

—Un hombre que no es sabio, pero que me ha asegurado la curación.



El mendigo la robó después de haberle dado ropa y dinero.

—Supongo que no haréis la tontería de probarlo, ¿verdad?

—Suponéis bien.

En aquel momento entró su esposa.

III

Si-Tchum entró en el despacho de su marido, ricamente ataviada. Vestía una lujosa túnica bordada en oro. Al entrar hizo una profunda reverencia, reverencia que no iba dirigida a su marido, ya que no la podía ver, sino a Ki-Liang, con el que cambió Kuna sonrisa de inteligencia.

Su esposo al oirla le alargó los brazos, estrechándola cariñosamente.

—Permitame que te abrace, esposa mía.

Li-Kang dijo con el mayor respeto:

—Con vuestro permiso me voy a la biblioteca con Weu-Slou, a enseñarle un poco de literatura.

—Id, buen amigo, a enseñar lo mucho que sabéis a mi hijito.

Su mujer y su amigo se miraron y sonrieron con maliciosa picardía.

Al quedar solos los esposos Tchang la volvió a abrazar.

—Soy feliz—dijo ella—cuando os tengo a mi lado.

—Ah! Si-Vchum, eres la gloria del cielo y el orgullo de la tierra.

El la hizo sentar sobre sus rodillas.

—Te agradezco, esposa mía, tu delicadeza. Aunque no lo veo, noto que vas ricamente ataviada y como no esperamos otra visita que la de Tou-Fou, supongo que te has puesto elegante para tu pobre ciego. Me alegra que te cuides y procures realzar tu belleza como el primer día de nuestro matrimonio. Vuestra elegancia y vuestro lujo me alegran, porque son una prueba de vuestro amor.

—Este amor no morirá mientras yo viva.

—¿Qué hermosa debes estar?

—Mis encantos se van con el tiempo.

—No es posible. Estoy seguro de que estás más hermosa que nunca.

—Tchang, me harás enrojecer de vergüenza con tus elogios de novio apasionado.

—Tu talle, amada mía, es flexible como una palmera; tu carne me recuerda la seda; tus labios rojos como cerezas.

—No prosigas. Me confundo con tus gananterías.

—Tu aliento es perfumado.

—¿Te ríes de mí?

—No, Si-Tchum, porque yo siento el mismo amor de siempre. ¿No recuerdas nuestro primer encuentro?

—Sí.

—¿Crees, pues que puedo burlarme?

—No, pero como casi nunca me hablas así.

El la volvió a abrazar de nuevo, pero no se dió cuenta que ella estaba nerviosa, inquieta y que deseaba quedar libre de sus brazos.

—Ya ves—añadió él—desde que estoy ciego te amo más y me inspiras más confianza

—¿Es que alguna vez has dudado de mí?

—Te diré.

—¡Habla!

Si-Tchum esperó con avidez que su marido hablara. Si él hubiese podido ver la cara de ella habría adivinado la traición.

Tchang siguió:

—Poco tiempo antes de quedar ciego un día dudé de tí y de un amigo mío.

Ella palideció. Por fin, preguntó:

—¿Por qué dudaste?

—Por una insignificancia. Luego me avergoncé de mis celos.

Su mujer respiró tranquila.

Se abrió la puerta en aquel instante y entró Tou-Fou.

—Llega vuestro amigo. Yo me retiro—dijo ella.



Tching acarició a su esposa.

—Espera... Mi amigo podría creer que sientes por él poca simpatía.

Si el ciego hubiese podido ver el cambio de miradas y de promesas que se cruzaron entre su esposa y su amigo, su sonrisa se habría trocado en mueca de espanto y de dolor.

Tou-Fou lujosamente vestido entró por fin. La joven lo contemplaba amorosa y con pasional admiración.

El falso amigo halagó la vanidad del ciego, hablándole de sus poesías mientras iba acariciando a la esposa adúltera.

IV

Tchang y Tou-Fou jugaron una partida de weis. El mandarín salió victorioso, más que por la atención que puso en el juego, por la manifiesta amabilidad de su adversario; amabilidad que tenía una explicación: mientras jugaban Tou-Fou y Si-Tchum se acariciaban con el mayor descaro. El falso idilio se acabó con la entrada de Li-Kiang, que dándose cuenta de que su presencia era molesta, se marchó inmediatamente.

—Con tu permiso, mi buen amigo, me voy a dar lecciones a tu hijo.

—¿Está muy adelantado? — preguntó el poeta.

—Yo creo que será nuestro orgullo.

El poeta después de hacer a su hijo algunas preguntas, quedó maravillado ante lo acertado de las contestaciones.

—Hijo mío, has de agradecer a tu amable profesor el noble esfuerzo que hace para enseñarte algo de lo mucho que sabe...

Antes de que el mandarín acabara de hablar entró en la habitación un jefe de policía acompañando a un hombre pobremente vestido.

—¿Quién hay?—preguntó Tchany.

—Un desgraciado que ha pedido vuestra protección—contestó el policía.

El pobre habló de esta manera:

—Me llamo Tchao. Tengo hambre y frío. Al pasar por delante de vuestra casa me ha parecido que era habitada por un hombre rico y he rogado al jefe de policía que me condujera ante usted.

—Es así mismo, señor—replicó el policía—y yo he accedido a su ruego con arreglo a nuestras costumbres.

—¡Qué imprudencia! — Dijo interviniendo Li-Klang.—No sabéis que aquí vive el más ilustre de los poetas, y que le molestáis:

—Perdonad, señor.

—Marchaos inmediatamente.

—No hay necesidad de que os mostréis tan severo, amigo Li-Klang. Por exceso de amistad a mí y para que este hombre no me moleste con sus peticiones traicionáis vuestros nobles sentimientos.

—Es un granuja—replicó Li-Klang.

—El pobre se arrodilló, diciendo:

—Permitidme que os cuente mi desgracia.
—¡Hablad!

—Ayer salí de la cárcel, pero no me encerraron por nada malo, a mí modo de ver. Mi delito consiste en haber querido impedir que un joven pegara a un viejo. En la plaza del mercado estaba un joven pegando a un hombre de edad avanzada. Yo para evitarlo, le rogué que no le pegara más, pero ante su negativa, me decidí a intervenir y entonces di un fuerte puñetazo que le privó del sentido. Me detuvieron y ayer salí de la cárcel y aún no he podido comer nada.

—Hicisteis bien—contestó el mandarín. Ahora mismo te darán un traje mío para que puedas vestirte y te darán el dinero que necesites para pasar un mes.

—Señor—replicó el mendigo — decídme vuestro nombre para que todos los días de mi vida pueda bendeciros.

—Bendecid el nombre de Si-Tchum, que es la que me inspira esta acción.

De nuevo intervino Li-Klang.

—Mira que este hombre te burla.

—No puede ser; sus palabras son sinceras y creo en ellas.

—Pues te equivocas. Es un ladrón vulgar y te miente con el mayor descaro.

—Si así fuera, daría limosna no al pobre,

sino al desgraciado. No hay nada peor que mentir para engañar a un hombre bueno. En este caso el engañado sería él.

—Señor, sois un santo—dijo el pobre.

—Vuestra bondad me admira—replicó Li-Klang.

La mujer del poeta ordenó a un criado que cumpliera los deseos de su marido,, y el pobre recibió dinero y un traje.



Si-Tchun esposa del mandarín.

Los dos falsos amigos del mandarín salieron juntos de la casa. Al llegar al jardín Li-Klang cogió del brazo a su amigo diciéndole:

—Tengo que comunicaros nuevas de importancia, casi sensacionales.

—¿Qué ocurre?

—Nuestro buen amigo, el más insigne de los poetas, está amenazado de un grave peligro.

—¿Qué le ocurre?

—De momento, nada; pero puede ocurrirle.

—¡Hablad, por Dios!

—No sé si debo.

—¡Decid! Estoy impaciente.

—Me consta—insinuó con malicia—que el otro día ofrecieron a nuestro amigo un me-

dicamento con el cual puede recobrar fácilmente la vista, pero corre el grave peligro de que su cara quede lacerada.

—Realmente es grave lo que me decís.

—¿Qué opináis que debemos hacer?

—Aconsejarle para que no se exponga a tan grave peligro.

—Así opino yo también.

Por el camino encontraron a un emisario del Emperador que después de saludarles ceremoniosamente les comunicó que S. M. se había dignado conceder un valioso premio y un gran honor a los insignes poetas Li-Klang y Tchang y que se dirigía a casa del último para comunicarle la noticia oficialmente.

Li-Klang se adelantó y antes de que llegara el emisario a casa del poeta, él ya comunicaba la feliz nueva a su amigo:

—Sin que lo supieras, recogí tus mejores poesías y las envié al Emperador con un mensaje suplicándole que se dignara honrar al más insigne de nuestros poetas.

—¿Por qué lo has hecho?

—Bien merecido lo tienes.

—No creo que el Emperador...

—Estás en un error, precisamente hoy ha de venir un emisario regio a concederte un alto honor.

—¿Es posible?

—Ya lo verás.

Momentos después entró la esposa del poeta y con voz velada por la emoción, dirigiéndose a su esposo le dijo:

—Hay un emisario del Emperador que quiere hablar contigo.

—Acompáñamé hasta la puerta para que yo mismo pueda recibirla.

Y los dos esposos recibieron al emisario con la cortesía de rigor.

Después de saludarles el emisario, pidió permiso para leer el mensaje regio, y al empezar la lectura se arrodillaron todos (es costumbre china de oír postrados todos los decretos imperiales).

El decreto decía así:

«Decreto:

El Gran Consejo nos ha enviado para que nos dignáramos llenos las poesías de los poetas Tchang y Li-Kiang y después de un detenido estudio declaramos que son de un gran valor moral y meritísimas por su forma literaria...»

Olivando un instante los ritmos, Tchang I protestó:

—Perdonadme, señor Li-Lao, hay un error. Las poesías son mías.

Li-Klang acarició su barba con temor. El mensajero severamente le amonestó:

—¡Silencio! Un mensajero imperial no puede equivocarse nunca.

«Las poesías de los indicados poetas son inspiradísimas y su lectura será obligatoria en todas las escuelas del Imperio.»

«A Li-Klang, S. M. se ha dignado concederle el título de Licenciado de séptima clase, una nobleza de tres generaciones, y un presente de mil onzas de plata...»

—Esto es inconcebible—protestó Tchang por segunda vez.—Yo solo...

—¡Silencio!—ordenó de nuevo el envia-dado del Emperador.—Lo que es inconcebible es que vos os atreváis a faltar a unas elementalas reglas.

Y siguió leyendo.

«A Tchang I, tres vasos de porcelana fina, las flores más escogidas del jardín imperial y un objeto sagrado. Aceptad, hijos del Cielo, la felicitación que se digna daros vuestro Soberano.»

Cuando Li-Lao acabó, unos servidores imperiales pusieron sobre una mesa los objetos ofrecidos.

Li-Klang y Tchang se arrodillaron de nuevo dando las gracias por las mercedes recibidas.

Momentos después el mandarín recibió las felicitaciones de su esposa y de sus falsos amigos.

Li-Klang intentó justificar el decreto imperial diciendo:

—S. M. se ha creído que yo había colaborado contigo, porque he sido quien te ha enviado las poesías acompañadas de una carta suscrita por mí y claro está, ha supuesto que yo era uno de los autores, francamente, ahora no sé qué hacer. Creo que en modo alguno debo atreverme a ofender a S. M. rechazando una gracia.

—Haces bien. Desde luego opino como tú y si bien es verdad que yo soy el autor, tú también mereces un premio. S. M. no ha hecho más que hacer justicia.

(

El mandarín obcecado para recobrar la vista utilizó el elixir que le ofreció el «jongleur», y efectivamente, recobró la vista. Nada quiso decir, para dar una sorpresa a los suyos.

Y lo primero que vió fué al pobre que había socorrido días antes que le estabá robando. Pensó pedir auxilio, pero desistió de ello. «No quiero que un día tan feliz para mí ocasione un perjuicio a este pobre hombre», y se dirigió a la biblioteca, donde encontró a Li-Klang que estaba paseándose, mientras el hijo del mandarín estaba haciendo el ciego. Cuando entró el mandarín su amigo le saludó, pero se burló de él. Tchang nada dijo y simuló que todavía era ciego. La decepción que sufrió fué enorme. Sólo le consolaba la alegría que, tendría su

mujer al saber que había recobrado la vista. Fué a su dormitorio, pero la puerta estaba cerrada. Llamó.

—¿Quién hay?—preguntó la esposa.
—Yo.

Se abrió la puerta y en la cama estaba Tou-Fou, que, convencido de que su amigo era ciego, ni se movió. Es más, abrazó a Si-Tchum.

Tchang casi perdió el sentido.

—¿Qué te pasa?—preguntó la esposa adultera.

—Nada.

—¿Estás enfermo?

—No.

Salió de la habitación. Se encerró en su despacho y se tiró en los ojos dos gotas más. Sus ojos se cerraron y la luz huyó de ellos para siempre.

Sintió un gran dolor y perdió el conocimiento. Horas más tarde estaba rodeado de los suyos.

—Pero qué te ha pasado?—le dijo su esposa.

—Quise recobrar la vista y la he perdido para siempre. Soy un desgraciado vestido de oro. Sólo me queda un consuelo: que mis ojos ya no verán jamás; mi ceguera será el velo de mi dicha.

Esta leyenda china se cuenta para demostrar que todo en el mundo es falso. Sólo hay una verdad: la nobleza de corazón.

FIN



PEQUEÑÍN

Compre todos los sábados

EL PEQUEÑÍN
AÑO Iº